

D
J
6

HISTORIA



DE LA

TURQUIA.

POR Mr. J. M. JOUANNIN,

PRIMERO SECRETARIO INTÉRPRETE DEL REY PARA LAS LENGUAS ORIENTALES, Y

POR

Mr. JULIO VAN GAVER.

—*—

PREFACIO.

AL tomar el empeño de delinear la historia del imperio fundado por Osman, no hemos consultado tanto nuestras fuerzas como el deseo de presentar á nuestros contemporáneos un cuadro fiel y verídico de los cinco siglos y medio en que la dinastía otomana ha representado un gran papel en el teatro del mundo, ya sea en las fases de sus progresos, ó despues que este astro político, habiendo traspuesto el punto de su apojee, se precipita muy rápidamente á su ocaso. Semejante por otro lado, en su marcha progresiva y en su curso, al celeste emblema que la dinastía de Osman ha conservado, el imperio ha brillado extraordinariamente; y cuando Juan Sobieski fué á anunciarle bajo los muros de Viena el decreto de lo alto: «De aquí no pasarás,» se retiró efectivamente como una mar embravecida, y presentó, aun mucho tiempo despues, una actitud amenazadora. Llegada la hora de los desastres y desvanecido el prestigio de su fuerza, fué forzoso acatar, aun en medio de sus reveses mas crueles, aquella apariencia de grandeza y dignidad pintadas en su actitud de resignacion á la poderosa voluntad de Dios.

Cuaderno 1º. (TURQUIA).

En esta obra (Panorama) en que cada colaborador acude alternativamente á traer el tributo de sus desvelos y estudios especiales, tomará otro el encargo de referir el nacimiento del islamismo, el número que lo creó, y el progreso de las armas musulmanas que tantas rejiones sometieron al culto del nuevo legislador. Vendrá despues otro, y describirá la lucha de la edad media entre el cristianismo y el islamismo; seguirá á los fieles é infieles, creyentes y nazarenos sobre el campo de batalla mas anchuroso que haya ensangrentado nunca el fanatismo de los pueblos y la ambicion de los hombres. Tendrá que decir cómo, por una especie de reaccion, se precipitaron los cruzados del Occidente sobre el Oriente; pintará las dos religiones rivales peleando cuerpo á cuerpo donde podian alcanzarse, y los triunfos y reveses que forzosamente debieron padecer en tan diversos trances. Empleará en fin materiales preciosos recojidos en ambos campos enemigos, y esta mision honrosa, desempeñada de buena fe, merced á las investigaciones que todavia se están practicando, rectificará sin duda las opiniones propagadas en el

siglo XVIII sobre estas guerras sagradas (1).

No intentamos violar el terreno reservado á otros; pero nos creemos con derecho para hermanar la historia de la dinastía de Osman con la de los siete primeros siglos del islamis-

mo; y antes de referir los acontecimientos que abraza nuestro trabajo, echar una rápida ojeada sobre aquella época en que se podrán hallar algunos indicios sobre las causas de la grandeza de los Osmanlis.

Introduccion.

§. I.

NACIMIENTO Y PROGRESOS DEL ISLAMISMO. LAS CRUZADAS.

Cuando á principios del siglo séptimo de J. C., concibió Mahoma sus proyectos de reforma religiosa, todo parece indicar que su vista no se extendió mas allá de los límites de la antigua Arabia. Quería que la tierra de los patriarcas y profetas cesase de ser devorada por los rencores religiosos de cien tribus cristianas, judías ó paganas quizás; y purgar su ciudad nativa del culto vergonzoso de los ídolos cuyas estatuas hollaban el primer templo consagrado á la adoración del verdadero Dios por Abraham, padre comun de los hijos de Ismael y de los Israelitas, y el predilecto de Alá.

Todos los pueblos han tenido y tendrán la patriótica flaqueza de creerse mas civilizados, mas ilustrados y mejores que sus vecinos. El injurioso epíteto de *bárbaro* ha sido la calificación de los *extranjeros*, y

(1) Un gran escritor del siglo diez y ocho no ha sido muy fiel historiador de este período en la edad media; arrastrado por su sistema anti-cristiano y su desprecio á Mahoma, se ha complacido en presentar falsamente á los hombres y las cosas de aquella época memorable.

Sobre todo, ha hecho mucho caso de las prevenciones cuando ha acusado al cristianismo de haber fomentado solo las guerras de religión, guerras atroces, sin miramiento, mil veces peores que las guerras civiles. Si Voltaire hubiese querido profundizar esta cuestión, hubiera hallado en los Anales de los Omníades y Abasides materia para convenirse de lo contrario, viendo tenidas sus manos con la sangre del mismo Mahoma; y el encarnizamiento de las sectas del islamismo ofrece ejemplos de unos excesos, que no se atreviera á achacar á los cristianos la mas ciega imparcialidad.

chos ya para sus ardientes y fanáticos correligionarios, sin que la audacia de los musulmanes retrocediese ante los dos poderosos enemigos á quienes atacaron sin titubear: vióseles en efecto acometer á la vez al sucesor de Constantino y al postero de los Sasanides.

Durante muchos siglos de hostilidades por maravilla interrumpidas, el imperio romano y el de los Persas se habían disputado en vano la posesion de algunas provincias fronterizas á orillas del Eúfrates y el Tigris; acercábase ya la hora en que esta antigua enemistad debía aniquilarse en un abismo comun, y sus provincias iban á reconocer nuevo dueño y adoptar otra religión.

Apenas hacia doce años que obligado Mahoma á abandonar la Meca se había refugiado á Medina con un puñado de hombres decididos, para sustraerse á la venganza de los Coreíquitas, cuando ya robustecido el islamismo, se precipita en la Siria y la Caldea. Esta se había doblegado ante Abu-Bukr; en el año 13 (635), recibió este califa las llaves de Damasco. Jerusalem trató en breve con Omar en el año 16 (638); y el acta que consagró la sumision de la ciudad santa sirvió de dechado, y sirve aun de base á todas las transacciones de las potencias musulmanas con los pueblos, que, hechos súbditos suyos (*rayas*), quieren conservar su religión por medio de un tributo: transacciones que les afianzan ciertas inmunidades y franquicias de las cuales tendremos ocasion de hablar. Observemos aquí que el entusiasmo y el heroísmo de los primeros ejércitos musulmanes esplican harto la rapidez de sus conquistas; pero la conducta de Omar con el patriarca de Jerusalem, seguida fielmente por sus sucesores, nos parece ser una de las causas mas poderosas de la sumision de las poblaciones cristianas, entre las cuales habían suscitado tantas discordias y desgracias los cismas y herejías. Mahoma, es verdad, había mandado propagar el islamismo con la espada; el alcoran lo proclama sin cesar; pero solo los Arabes eran los que estaban obligados á abrazarlo ó

renunciar á la vida; y las tribus que el nuevo profeta llamaba con tanta violencia á la salvacion y á la adoracion del único Dios, ufanas con su santo orígen y la primogenitura de su padre Ismael, no quisieron tolerar que un solo Arabe fuese excluido de esta creencia nacional; pues eran tan profundas las raices que el hijo de Abdullah había echado en el alma de sus sectarios, que estaban todos íntimamente convencidos de que el islam era la verdadera religión que el mismo Dios había prescrito á Adán, cuando le entregó el sello de la profecía y le creó primer pontífice de la *verdadera fe* (IMAN).

Los califas sucesores de Omar pudieron imitar su conducta jenerosa y política á un tiempo, y conceder capitulaciones análogas á los pueblos que las reclamaban. El miedo, la ambicion y demás pasiones del corazón humano dieron indudablemente al islamismo un crecido número de prosélitos. No los rechazaron como hicieron los Hebreos, antes bien los recibieron gustosos; y si se debe echar en cara á los musulmanes victoriosos el haber forzado con la violencia á los vencidos á renunciar al culto de sus padres, tambien es menester confesar que no fué mas que en el primer momento del triunfo, ó cuando una resistencia muy dilatada había enconado al vencedor y exasperado su fanatismo. Entónces, ¿en qué difieren de los pueblos de todos los tiempos? Creemos en fin conveniente reconocer aquí que la escrupulosa fidelidad de los califas en cumplir sus empeños contrastaba notablemente con la política de los Griegos del Bajo-Imperio; y que la de los musulmanes debió ejercer un influjo incalculable en los pueblos-rebaños que tenían aun bajo su yugo los emperadores bizantinos, acostumbrados por los bárbaros á pasar con mucha indiferencia de una dominacion á otra.

Pero en los dos primeros siglos de la éjira fué cuando obtuvo ventajas inauditas la obra de la propagacion; y este período, tan lleno de grandes acontecimientos, consolidando el islamismo como religión y potencia

temporal, presenta un conjunto de hechos y resultados, al cual fuera muy difícil comparar otra cosa igual en los anales del mundo. El tercio del primer siglo no había espirado aun, cuando el imperio persa había dejado de existir; el último de los veinte y cinco Sasamides, el desgraciado Yezdedjird, había perecido (31-651) en el río, antiguo límite del Iran y del Turan; pero el Oxo por esta vez no detuvo al vencedor. Habían penetrado hasta el Kabul desde el año 44 (664), y las sangrientas discusiones de los Ommiades y de sus rivales no atajaron los progresos de las armas musulmanas en la Transajana y allende el Indo.

No fueron menos felices en la Siria, en Egipto, en el norte del Africa y en la misma Bizancio. Los historiadores árabes hacen mención de dos expediciones, las de 32 (652) y de 39 (659), que llegaron hasta los muros de Constantinopla. Esta capital fué sitiada en 48 (668), en 52 (672) y en 97 (616), y el último sitio había sido precedido de grandes desastres en Tracia y Macedonia. Desde 59 (679), las orillas del Océano Atlántico, en frente de las islas Fortunadas, habían recibido el islamismo, que ha reinado soberanamente desde entonces, y que aun conserva hoy en día su definición primitiva. Pero antes que penetrase en España, donde treinta y tres años mas tarde (92-711), un traidor llamó al célebre Tarik, Chipre (39-659), la isla de Creta (33-653), Rodas (47-667), la Sicilia (82-701), la Cerdeña y la Córcega (87-706) y las islas Baleares (89-708), habían sido desoladas ó sometidas por los lugar-tenientes de los califas de Damasco que se habían hecho dueños incontrastables del Mediterraneo.

La rápida conquista de España que los Moros no pudieron consumir enteramente, abrió una nueva carrera á la insaciable codicia y al ardiente fanatismo de los musulmanes. Pronto penetraron allende el Pirineo, y cuando los gloriosos esfuerzos de Carlos Martel los detuvieron en el seno mismo de las Galias, les impidió adelantarse hasta las márgenes del Sena y del Coira, pero no asolar por

mucho tiempo el Langüedoque y la Provenza, continuamente espuestas á semejantes invasiones. Vióseles mantenerse en Narbona, Carcasona, Perpiñan y en los países situados entre los Cevenas y el mar. Ultimamente fueron espulsados á pesar de su resistencia, y sus tentativas posteriores no tuvieron mas resultado que el pillaje y la devastación de estas hermosas provincias (1).

Los califas ommiades en Damasco y en España, los Abasides en Bagdad y en el Cairo, los Fatimitas de Mauritania y de Africa, al propio tiempo que consolidaban el islamismo en las vastas rejiones sometidas á su poder espiritual, lo vieron comprometido muchas veces y debilitado por pretensiones rivales al título y derechos de Emirul-moumenin (comandante ó príncipe de los verdaderos creyentes). Además, después del gran Harun-Rechid y sus dos sucesores Emin y Mamun, los jenerales y gobernadores de las provincias se convirtieron en jefes de dinastía, y obtuvieron por grado ó por fuerza la investidura de aquellas provincias casi emancipadas de la autoridad de los califas; y en el siglo cuarto y quinto de la éjira se cometieron graves y grandes atentados contra su poder temporal. Salieron en breve conquistadores de raza turca y mogola, á cuya aparición acompañaron grandes catástrofes, durante las cuales se arrancó lo poco que les quedaba á los

(1) Esta parte de Francia conserva aun indicios de la permanencia de los Moros, en los nombres de «Castel-Sarracino, Santa-Africa,» etc., y sobre todo cierta población donde han quedado los rasgos y el viso característico de su orijen africano. Añadiré un hecho digno de observación. Magalona, antiguo puerto de mar y obispado en otro tiempo, no lejos de las bocas del Ródano, estuvo, durante largo tiempo, abierto á sus transacciones comerciales con el Langüedoque; consérvanse monedas de los obispos soberanos de esta ciudad con sus bustos y el ejergo: D. G. EPISCOP. MAGVEL, y en el reverso llevan en caracteres cúficos la profesion de fe árabe:

LA ILAKE ILL' ALLAH; WE MUHAM-
MEDEN REÇOULALLAH.

«No hay mas divinidad que Dios, y Mahoma es el enviado de Dios.»
; Cuántas reflexiones están ligadas con este solo hecho!

débiles vicarios de Mahoma. Cuando, á fines del undécimo siglo de la era cristiana, amenazada Roma muchas veces en sus propios muros por los Sarracenos, concibió el proyecto de llevar la guerra á su mismo país, llamando á los cruzados á libertar el sepulcro de Jesucristo, nuestros caballeros no hallaron á la cabeza de los musulmanes que iban á combatir, jefes verdaderamente árabes, sino príncipes turcos ó curdos, tales como Kilidj-Arslan el Seldyukida, y luego los sultanes (soldanes) Eyubitas de Egipto, entre quienes descuella el famoso Saladino (Silah-uddin); porque todo el Oriente se conmovió como un pueblo único al vislumbrar el peligro que corría el islamismo; y el único signo enarbolado por los cruzados salidos de todos los ángulos de la cristiandad dió márgen á los musulmanes para aplicar su axioma de derecho político y religioso, que *hace una sola nacion* de toda la masa de los infieles (Elkufru, milletun wakydetun). Así es que los adversarios de nuestros caballeros vinieron á esta guerra con un ardor y un denuedo que no cedía en nada al de los paladines occidentales. Confesemos aquí un hecho irrecusable, y digamos públicamente que al menos se recojió algun fruto de los violentos choques de aquellas grandes molas animadas por todo cuanto puede exaltar el espíritu humano y arrojarle á las empresas mas azarosas. En efecto, en pago de tanta sangre, desgracias particulares y reveses públicos, trajeron nuestros cruzados á Occidente los elementos de una civilización menos áspera y mas adelantada que la de nuestros abuelos, y algun gusto para las artes y literatura que cultivaban entonces en el mundo musulman, donde florecían numerosas celebridades de toda especie. El cautiverio de San Luis y de sus ilustres compañeros de infortunio proporcionó á la Francia felices indemnizaciones de los sacrificios que tuvo que imponerse para libertar á su rey. Volvió de Egipto con ideas nuevas, y sus instituciones prueban que había estudiado bien las de sus vencedores. Prescindiendo

de las producciones literarias de aquella época, que se resentían todas del influjo de los Orientales, cuyas preciosas caligrafías sirvieron de modelo á nuestros mas bellos manuscritos de la edad media, el órden de arquitectura, falsamente llamado gótico, y adoptado en los monumentos del siglo doce, trece, catorce y quince, no es mas que la arquitectura sarracena embellecida, mejorada y apropiada á nuestros climas.

Sin embargo, la anarquía que siguió al degüello del último de los Ommiades de España (430-1038) y el desmembramiento del imperio moro en veinte principados rivales, hostilizándose continuamente unos á otros y á los cristianos, favorecieron las empresas de los descendientes de Pelayo; y cuando el ardor de las cruzadas en tierra santa se calmó en los pueblos de Francia, Inglaterra y Jermánia, agotadas por las expediciones de ultramar, los combates entre ambas religiones continuaron en España con el mismo encarnizamiento y tenacidad.

Esta introducción, que nos ha conducido hasta mediados del siglo XIII de nuestra era, debe pararse aquí, porque la estrella de la raza de Osman empezaba á asomar entonces.

Así, por una especie de compensación, cuando se cumplían los destinos de los Moros de Granada y Andalucía, echándolos mas allá del estrecho de Gibraltar, y arrinconándoles en Africa, su primera patria, el fundador de la dinastía llamada para derribar el imperio romano-griego preparaba terribles vengadores á sus corelijionarios españoles. Reforzado el islamismo con nuevo vigor, va á tomar su desquite, salvando el estrecho que separa el Asia de la Europa bajo el signo victorioso de la media luna: le veremos invadir célebres y ricas rejiones, y amenazar, durante dos siglos y medio, lo restante de la cristiandad, con el yugo del que Carlos Martel creyó haberla libertado para siempre.

§ II.

LA RAZA DE OSMAN.

Nos abstendremos de reproducir

en nuestra relacion todas las investigaciones de los escritores orientales, y adoptar sus desvarios acerca del origen del fundador del imperio otomano. Pasaremos pues en silencio cómo han llegado á descubrir una serie incontestable de treinta jeneraciones que remontan hasta el diluvio, á fin de probar que la raza de Osman el Victorioso, aunque estraña á la del profeta árabe y sus primeros vicarios, de los cuales el tercero lleva tambien el nombre de Osman, es la mejor, mas pura, mas noble y gloriosa de las razas humanas; que está destinada, no solo á reinar hasta el fin del mundo sobre todos los sectarios del último de los profetas, sino tambien á mandar como soberano hasta á los mismos incrédulos. Sin embargo, bueno será dar alguna idea de esta firme creencia universalmente esparcida en los estados bien guardados, donde el Gran Señor es siempre el monarca por excelencia, el rey de los reyes, la *sombra de Dios*, y el soberano distribuidor de las coronas á los príncipes de la tierra. Seria una impiedad someter á exámen una duda de esta opinion popular tan pujante todavia; y aun en el dia fuera peligroso, á pesar de haberse desvanecido muchas ilusiones. En cuanto á los Otomanos (no los Turcos), tengamos presente que habiendo llegado á apoderarse de toda la parte oriental del imperio romano, se han considerado como legítimos herederos de la Grande Roma (1), que muchos pueblos, y entre otros, los Persas, los llaman tambien Roumi; que se han imbuido en las máximas y convicciones del pueblo-rey, á quienes debió triunfos inauditos, y que en la superioridad religiosa y política que se atribuian, pretendian tambien estos conquistadores que habian nacido para castigar á los soberbios, y libertar los pueblos sometidos.

Parcere subjectis et debellare superbos!

Sea lo que fuere, ya que estamos

(1) Roumîet-el-kubra, que llaman ellos tambien Kyzil-elma, la «manzana de oro.»

resueltos á rechazar las apolojías enfáticas de los príncipes otomanos y las alabanzas exajeradas tan prodigadas por los escritores nacionales cuando se trata de lisonjear el orgullo nacional de sus compatriotas, se nos permitirá tambien evitar otro exceso muy diverso: no adoptaremos sin crítica las narraciones y preocupaciones de los cristianos, y menos los de los Griegos vencidos. ¿Qué caso haríamos de la historia del hombre del siglo diez y nueve, cuyo autor buscase sus inspiraciones en los boletines estranjeros, ó en el diminuto alegato de un ilustre Escocés que hubiera debido negarse á prestar su nombre á un monumento de odio é injusticia?

Nos veremos en la precision de emplear frecuentemente en esta historia una porcion de nombres propios cuya pronunciacion varia hasta en las provincias del mismo Oriente, segun la diferencia de los tres dialectos que están en uso. Nuestros historiadores y viajeros, poco celosos de la exactitud, nos los han trasmitido bien ó mal; y con razon se echa en cara á las orientalistas europeos el no ponerse de acuerdo entre sí para la ortografía de los vocablos. Para evitar pues en lo posible este desagradable inconveniente, hemos adoptado por norma la pronunciacion de Constantinopla. Hay sin embargo nombres tan consagrados por el uso que, á pesar de su barbarie, nos veremos en la precision de adoptarlos: tales son *Mahoma* (cuando se trate solamente del legislador de los Arabes) *éjira*, *mezquita*, *jenizaros*, etc. Pero llamaremos al conquistador de Constantinopla Sultan-Muhammed II, en vez de Mahometo, Sultan-Murad, en vez de Amurates, Sultan-Bayezid, en vez de Bayazeto, Djem, en vez de Zizim, etc., dejando á los príncipes otomanos sus nombres primitivos sin desfigurarlos.

EL TURKISTAN.

Los Orientales se sirven de la terminacion persa *istan*, adoptada por nuestros jeógrafos, y que unen al

nombre de un pueblo para designar mas ó menos vagamente un conjunto de países que las mas de las veces son independientes entre sí, y cuyos habitantes no pueden confundirse con los de un pueblo cuya fama ha absorbido la de sus vecinos. Así el *Indostan* abraza todas las rejiones al este del Indo (Sind), á una y otra parte del Gánjes, cuya poblacion entera no es inda; el *Frenquistán*, tan famoso en Asia por las cruzadas francesas ó francas, comprende la cristiandad, esto es, la parte europea del antiguo mundo donde reina el cristianismo. Del mismo modo el nombre de Turkistan (la Escitia de los Griegos y el Turan de los antiguos Persas) se aplica á las vastas rejiones del Asia que tienen por límites la China (Khatai), los montes Himalayos, la cordillera del Tauro, donde salen el Djeihum, el mar Caspio, el Wolga, y mas allá de este rio las steppas del Kypchak, que se estienden hasta el pié del Cáucaso, al mar de Azow y al Tanais.

Este Turkistan abraza todos los países ocupados por los Tártaros, el Khárezm, la Bukharia, el Turkistan propiamente dicho, la Mongolia, el Tibet, y un número infinito de subdivisiones inciertas, como la vida nómada de sus poblaciones vagamundas. Sin ascender á los Escitas, Hunos, Alanos y otros bárbaros que volcaron el imperio romano de Occidente, veremos salir, con el nacimiento del islamismo, de esta verdadera OFFICINA GENTIUM, los Tártaros, Mogoles ó Mongoles, Turkmenos, y otras muchas hordas que huian despavoridas ante un enemigo mas poderoso, ó abandonaban sus desiertos para seguir á un Atila ó á un Djenghiz. Semejantes á un torrente impetuoso, brotaban gentes por todas partes para ir en busca de climas mas apacibles y fecundos, para saciar su salvaje avaricia y el afán de someterlo todo á su yugo.

Los primeros años del siglo trece de nuestra era fueron testigos de una de estas invasiones, que, tan terrible como la peste negra del siglo siguiente, venida igualmente del centro del Asia, asoló esta parte del mundo, y

penetró hasta en el corazon de la Europa. Habia necesitado seis años Djenghiz-Khan para someter completamente, ó mejor para devastar desapiadadamente, el Khárezm y la Bukharia, el Khorazan, el Farsistan, el Kerman, el Azerbaidjan, la Georgia, la Armenia, el Kurdistan, la Mesopotamia, y la porcion del Asia Menor que dependia de los sultanes de Iconio. Eran las mejores provincias del islamismo donde florecian las ciencias, las letras, la posesia bajo la proteccion ilustrada de los reyes de Khárezm, de los Selyuquides de Iran y de Rum. El vencedor no perdonó nada; ciudades, monumentos, poblaciones, todo cayó ante este nuevo azote de Dios. Djenghiz no volvió á tomar el camino de su imperio de China, hasta que hubo arrasado cuanto le habia opuesto la mas mínima resistencia.

Suleiman-Cháh, hijo de Kiia ó de Kaialp, padre de Erthogrul y abuelo del Sultan-Osman, fué sin duda otro de los jenerales de aquel gran conquistador. Dicen que era tambien oriundo de la gran familia tártara oghuziana, á la que el mismo Djenghiz pertenecia; y cuando en 621 (1224), se encaminó hácia la Armenia al frente de un enjambre de 50.000 almas, poseia los feudos de Mahan y de Merw-Chahidjan, en Khorazan, con el título de wali ó virey. Plantó despues sus reales en las márgenes del Eúfrates en el rico territorio de Erzinghian y de Akhlat. Pero en 629 (1231), el deseo de volver á ver su país nativo se apoderó de la jente de Suleiman-Cháh, y habiendo este jefe intentado pasar el rio cerca del castillo de Djaber, se ahogó en él; y un sepulcro que ha conservado el nombre de *Turk-Mezari* (sepulcro del Turco), conserva la memoria de este acontecimiento.

La turba se dispersó despues de la pérdida de su emir, y la mayor parte siguió á los dos hijos mayores que regresaron á Khorazan; y Erthogrul y su tercer hermano, reducidos á una comitiva de 400 familias, se establecieron primeramente en la llanura de Pacin, atravesado por el Eúfrates oriental (*Murad-Tchai*), y

este de Erzerum, y en el canton de Syrmaly-Tchokur, donde nacen el Araxes y el Eufrates propiamente dicho (*Nerh-Frat*).

Erthogrul no tardó en perder á su hermano. Dejó entónces las cercanías de Erzerum, y se adelantó á lo interior de la Anatolia. Errando con su tribu en los estados de Alaeddin, sultan de Iconio, tuvo ocasion de contribuir jenerosamente á la derrota de un ejército tártaro, que estaba peleando con las tropas del príncipe Selyuquide, el cual, agradecido, quiso recompensar á los valientes nómados que le habian hecho tan señalado servicio, y les señaló al efecto á levante del monte Olimpico de Bitinia, para su residencia de verano, las altas tierras de Karadja-Daghi, de Tumanidj y de Ermeni, y toda la llanura de Suiud para su campamento de invierno.

Esta corta porcion feudal en un pequeño territorio de Frijia, que, en 1260, formaba apenas la cuarta parte del sanjacato actual de Sultan-Euni, fué la cuna del poderío otomano; y al rededor de este endeble núcleo se agolparon con increíble rapidez los elementos de gloria y poderío de que tanto se envanece esta familia, mas fecunda quizás en hombres grandes que ninguna de las que han reinado sobre la faz del mundo.

LA LENGUA TURCA, LOS TURCOS Y LOS OSMANLIS.

La lengua turca, oriunda de la llanura del centro del Asia, es la que hallan todavía los pueblos de esta meseta; es la de los Tártaros de Casan y de Crimea, de los Calmucos y otros súbditos musulmanes de la Rusia; se habla tambien en las tribus (*ilat*) de estirpe turca, establecidas en Persia, en la mitad de este reino, y en todo el imperio otomano.

Inculto y grosero en Turkistan, en el país de los Oighures, que la escriben con un caracter diferente del alfabeto árabe, y en donde quiera que los gobernantes desdeñaban y desdeñan todavía servirse de ella para los actos de la autoridad, ha quedado naturalmente estancada en las tiendas

de los nómados. En Persia la hablan, pero no la escriben: en la mayor parte del Asia Otomana ha conservado su aspereza y pronunciacion disonante, pero en el centro del imperio se ha enriquecido y cobrado gracia, armonía y pompa, desde que, hace quinientos años, ha llegado á ser la lengua escrita de los Osmanlis, y aumentándose con las frases y vocablos de los dos idiomas perfeccionados, el árabe y el persa. Parecerá extraño que se hable así de un idioma que desde luego se reputa como bárbaro, y mas no conociéndolo; pero ¿qué se pensará cuando hablaremos mas adelante de la literatura turca, del amor á las letras y de la proteccion que las han prodigado los Sultanes, cuando añadamos el estudio de la mas rica filología, el de las leyes y las ciencias que tanto honor hace á los Arabes, manantial de consideracion, adelanto y fortuna en el país de los Osmanlis? y como muchas veces se ve á un ignorante desempeñar los mayores cargos del estado, se saca en consecuencia que sucede lo mismo siempre y en todas partes; pero esto es un error. Sin embargo, es menester reconocer que los Osmanlis está muy atrasados bajo todos aspectos, que tienen ideas falsas y nocivas preocupaciones contra nuestra civilizacion, siempre en progreso, en tanto que la suya permanece estancada, á causa de la inmutabilidad de principios sobre que estriba; y por último, que nuestra historia, nuestra literatura les son desconocidas. Pero tambien nos vemos en la obligacion de confesar, sin ofender á nadie, que nosotros los menospreciamos mas de lo que merecen, y hacemos acerca de ellos juicios muy temerarios sobre lo que son y dejan de ser.

Hablemos ahora de la misma nacion, y deduzcamos los motivos por qué no diremos nunca los *Turcos*, y si tan solo los Otomanos ó los Osmanlis.

Llamar Turco á un Osmanli es injuriale groseramente, porque se jacta de atento, culto y cortesano, cuando la voz *turco* trae consigo

una idea contradictoria: es lo mismo que llamar bárbaro á un Europeo.

Aquí se dirá que los Sultanes son de oríjen turco; es muy claro, y ellos mismos no han renegado nunca este oríjen; pero esto no les obliga á llamarse *turcos*, ni les impide calificarse con el título de *emperadores de la raza ó del pueblo de Osman*, como lo hace aun Sultan-Mahmud II, cuya firma autógrafa figurará en las láminas iconográficas, pertenecientes á esta parte del *Panorama*. ¿Por qué pues no adoptar esta denominacion, á ejemplo de los historiadores mas dignos de confianza é instruidos en los anales de aquel pueblo?

Añadirémos que la sangre *turca* ha llegado á ser muy rara con la mezcla de tanta diversidad de poblaciones, que, al abrazar al islamismo, se han barajado con los vencedores. Se verán frecuentes ejemplos de apostasías que han facilitado al imperio otomano guerreros temibles y diplomáticos distinguidos, y hasta un *mufti*. En fin, si hubiese algun fundamento sólido, una preocupacion sistemática, que, á pesar del influjo de una religion comun, se aviniese con la raza árabe cuando se tratase de las facultades intelectuales y de la aptitud para las ciencias, y

que lo negase todo á la raza turca, el anatema lanzado contra los Osmanlis debería ser menos severo, pues corre por sus venas menos sangre turca que griega; y nadie en nuestro tiempo se atreverá á acusar á este último de falto de capacidad é intelijencia. Pero este sistema no resistiria á un exámen serio; la historia probará que la civilizacion y literatura oriental, tan superiores en un principio á las de nuestro Occidente, no solo han florecido en tiempo de los Abasides, sino tambien en el de los Gaznewides, los Atabekes y los Selyuquides, príncipes de oríjen turco, los cuales se honraban con el título de protectores de las letras, las ciencias y las artes. No temerémos proclamar aquí que los Sultanes han seguido ejemplos tan gloriosos, y que si las universidades de Samarkanda y de Balkh iban á la par con las de Arabia, Ejipto y España, las fundaciones imperiales de Breuse, Andrinópolis é Islambol, establecidas bajo iguales bases, y tantas otras esparcidas por el imperio por la munificencia de los Sultanes y sus visires, no son indignas de fijar acerca de su organizacion y resultados, la atencion de los hombres que buscan y aprecian la verdad.

HISTORIA OTOMANA.

CAPITULO PRIMERO.

Antes de empezar la historia de los príncipes de la raza otomana que han reinado desde el año 1300 (699), hasta 1837 (1253), consideramos útil presentar á nuestros lectores un cuadro cronológico de los sultanes y soberanos contemporaneos en los principales estados de Europa. Como en el curso de nuestra narracion nos verémos muchas veces precisados á anticipar los acontecimientos, ya sea para explicar un hecho ó medida política por sus consecuencias, ó ya

para apreciar de una ojeada las modificaciones sobrevenidas en las costumbres otomanas, con la inspeccion del siguiente cuadro se podrá enterar el lector de las épocas en que han pasado los acontecimientos. Solo para los Sultanes indicaremos muy sucintamente los hechos sobresalientes de su reinado, porque no es nuestro objeto presentar aquí una tabla sincrónica, sino un extracto de fechas y nombres para aclarar mas nuestro texto.